

Romain Gary busca sentido a la vida concreta

Debajo de lo que puede parecer mero desborde de la imaginación, las obras de Romain Gary se estructuran en base a un significado cuyo rigor puede reconocerse en el menor detalle. Sin poner ño relieve ningún símbolo expreso, es de la relevancia de tales significados de donde los relatos extraen así su más valiosa coherencia. Algunos lectores, solicitados por la elocuencia de una superficie pródiga en recursos detonantes, pueden distraerse de esa pista básica, y creer, por ejemplo, que una novela como *El devorador de estrellas* no es sino una descripción de la situación política de una dictadura del Caribe. En esta mal llamada "comedia" (*) es más difícil desatender la intención central, intención que, por otra parte, está dicha y vocada hasta por demás a lo largo de toda la obra. Pero es fácil que se escapen en cambio las razones especiales que determinan las actitudes con que el autor va caracterizando la evolución del protagonista principal.

Todo empieza, con predisposición sarcástica, por una denuncia de la falsedad con que las idealizaciones al uso, ocultan y disfrazan el perfil real de las situaciones humanas, la traición que supone el espíritu de abstracción puesto al servicio de intereses inconfesables. El protagonista, excitado por su sed de verdad, resuelve consumir entonces la falsedad perfecta: simula una huelga de hambre aduciendo tantos propósitos elevados como le parecen necesarios para conquistar la simpatía general, y con el objeto de que la estafa quede bien evidenciada, se pone luego a comer sandwiches a la vista del público que admira su proeza. De tal modo, haciendo su trampa a la luz del día, parodiando esa misma hipocresía que lo asquea (hipocresía análoga, por ejemplo, a la de quienes disponen de un pueblo en nombre del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos), trata de que el mundo tome conciencia del extravío en que vive. Lejos de querer pasar por redentor, proclama inequívocamente la depravación en que se instala ("¡Seremos ricos y famosos!" "¡Frankie, dítes que soy un puercó!"). Pero en empresa de liberación interior fracasa sin remedio. Sólo consigue en efecto una nueva "alsa de los valores espirituales", convertir la subalimentación crónica en uno de los signos ahora más aceptados del verdadero idealismo. El mundo, extasiado, incapaz de desprenderse de sus hábitos de idealización, lo aclama incondicionalmente. ¿Qué hacer, entonces, sino dejarse arrastrar por ese absoluto así invocado, dar una vuelta de tuerca a un ci-

nismo, y decirle "no" a la vida simple y sana, directa y veraz, que le proponen su querida Frankie y el indio primordial que lo acompañan? Ya que nada se obtiene con simular morirse, resuelve entonces morirse de verdad, terminar con "la obscenidad de vivir y de sufrir". "¡Pienso, luego muero!" "¡Protesto contra la condición humana!" Y especialmente contra "todos los centros de cultura, todos esos lugares donde se maquilla, se disfraza y se oculta la verdad". Su actitud final es así morir por esa nada, único gesto que puede alcanzar algún sentido en un mundo en donde nada lo tiene. Ya que todos se empeñan en tomar su broma en serio, se decide por su parte a tomar su broma en broma. Aparentemente, lo único que quiere es "divertirse", pero su alán secreto sigue siendo la idea de "un cosmos libre e independiente", la libertad sin restricciones ni falsificaciones. Sólo que ya no cabe utilizar recursos "aerios". Y puesto que la única vía que le queda es la de una inutilidad tan pretenciosa como sin pretextos, mejor aún que morir porque sí, es morir por algo así como la UN, ofrecer su "muerte inútil en el altar de la ineptia total". Al cabo ya de todo, se burla tanto de su comedia como de su tragedia. Y el drama se consuma en medio de las voces aristofanescas de los "expertos en actividades idealistas", y de la multitud que corea su propia enajenación. Un hombre que "quiso interrogarse", encuentra así en la muerte, como el Almayo de *El devorador de estrellas*, la única respuesta adecuada a su desmesurado afán de libertad. Como en aquella novela, el escepticismo de Gary involucra aquí a toda aspiración que se desorbita, que pretenda comerciar con un Absoluto inconvertible, que no se resigne a la humilde tarea de vivir a escala sencillamente humana. Lo hace, como siempre, de la mano con algún exceso los conflictos y forzando los contrastes, con tacto no siempre fino y bien rumbado. Deja además algunos cabos sueltos, y su humorismo autodestructor no deja de suscitar algunas ambigüedades de interpretación. Pero su inquietud por encontrarle un sentido a la vida concreta, y de vivir en consecuencia, aparece expuesta con una honda conciencia de nuestra situación enmarcada y de nuestra necesidad primordial de salvación.

W. L.
★ ROMAIN GARY: *JOHNNIE COEUR*. Buenos Aires, Sudamérica-
na, 1963. 163 ps. (Trad. de Juan Merino).